

Conjuración Belicista

La propaganda extranjera ha arreciado su ofensiva contra el país. Después de haberlo injuriado y calumniado, se vale ahora de una nueva arma. Envalentonada por algunos triunfos logrados sobre la firmeza de nuestra posición internacional reclama nuestro alineamiento junto a un ode los bandos beligerantes. Nos exige una declaración de guerra.

Dicha propaganda llega, en su audacia, a descontar que el Gobierno argentino no será capaz de afrontar la presión. Se permite así fijar fechas más o menos ciertas en que se debería cumplir con la exigencia. Se permite, finalmente, insinuar amenazas, puntualizando las "graves consecuencias" que tendría para el país la persistencia de su conducta internacional.

Nosotros, como todos los argentinos, rechazamos enérgicamente la insolente pretensión. Queremos asimismo rechazar por inconcebible y absurda, la idea de que el Gobierno argentino, bajo un pretexto cualquiera, declinara la actitud que la Nación ha venido manteniendo durante más de cinco años. Pero no podemos negar que los enemigos son poderosos y que se sienten ensoberbecidos por la falta total de resistencia que su opresión ha encontrado en otros lugares del continente americano.

Por ello, la ALIANZA LIBERTADORA NACIONALISTA, interpretando una vez más el sentir de nuestro pueblo, cumple con el deber de expresarle el significado y las consecuencias de la medida que se nos intenta arrancar. En este instante decisivo no hace cuestión de ideologías políticas ni invoca otro sentimiento que el del honor nacional amenazado. De ahí que este mensaje — que quiere ser un toque de atención ante el peligro —, vaya dirigido sin excepción a todos los argentinos.

La diplomacia argentina posee un rasgo que señala su continuidad histórica: la hidalguía. Hemos liberado pueblos, hemos sabido luchar contra los fuertes. Pero nunca hemos pisoteado al vencido ni hemos adulado al poderoso en el momento del reparto. La declaración de guerra en los momentos actuales tendría ese sentido. Si los derrotados fueran Inglaterra o Estados Unidos, sentiríamos la misma repugnancia en asestar el golpe y lo denunciaríamos con la misma energía con que lo hacemos hoy. Lo siente así vivamente la opinión pública que se avergüenza de antemano por el país, ante la sola perspectiva de que llegara a concretarse semejante vileza.

El Topo Blindado

La declaración de guerra constituye el paso más grave que puede dar una nación. Es su confrontación con la muerte; importa la movilización de todas las energías en una suprema voluntad de subsistir. Cuando una nación responsable declara la guerra, no es para seguir viviendo indiferentemente su vida cotidiana: es para vencer o morir.

Nada de esto ocurriría en nuestro caso. La declaración de guerra sería recibida con risueños o amargos comentarios. Nos colocaríamos a la altura de los países a los cuales hemos reprochado la fantochada de un gesto inferior. Nuestras actitudes internacionales, que hoy tanta consideración universal merecen, carecerían en el futuro de toda repercusión. Perderíamos jerarquía en el mundo y nos cubriríamos de oprobio ante la posteridad.

Cumplida una exigencia, se suceden otras más onerosas y humillantes. Porque lo que se busca no son las ventajas de la exigencia en sí; es la sumisión completa, es el abandono de la voluntad. A la actual exigencia de guerra — que es cronológicamente la última de una larga serie — seguirán otras no menos inadmisibles. Vendrían así los pedidos de bases militares y financieras. A cambio de un poco de fierro viejo calificado de armamentos, suscribiríamos acuerdos que nos privarían de lo que nos queda de libertad. Las fuerzas armadas ya no nos pertenecerían; nuestro ejército quedaría bajo la autoridad de la "Junta Interamericana de Defensa" con sede en Washington. Ya no podríamos disponer de nuestros productos; tendríamos que venderlos por intermedio de la "UNRRA" con sede en Nueva York. Nuestra inmigración no la elegiríamos nosotros; nos la seleccionaría — ya se sabe cómo — el "Comité Internacional de Refugiados" con sede en Londres. La Unión Panamericana, con domicilio real en el Departamento de Estado, tendría facultades para supervisar la legitimidad de nuestros Gobiernos y para declararlos destituidos. A todo esto se llama "volver al seno de la unidad continental". La declaración de guerra sería el paso definitivo.

Pero las consecuencias más graves radican en la subordinación a un interés nacional extraño. Estados Unidos no necesita de nuestro aporte bélico. Pero necesita — frente a Rusia — afirmar su predominio en el hemisferio occidental. Por eso ha requisado los sufragios que se descuentan solícitos de todos los países americanos y quiere añadir el nuestro — el del país al que ha dañado, injuriado y calumniado — como un número más en el anónimo conjunto.

Cuando se comienza a servir el interés extraño, no se sabe adónde esa servidumbre puede conducir. El gesto será — como se ha dicho — ridículo e inoperante. Pero ello no implica que no pueda entrañar consecuencias gravísimas. El curso de la guerra podría reclamar de nosotros algo más que ayuda verbal. Nada obstaría a

que nuestros ciudadanos fueran llevados a tierras extrañas a sostener con sus vidas los intereses del Imperialismo. La sangre argentina se derramaría para que la bandera norteamericana siguiera flameando en Manila; para que los comerciantes norteamericanos vendieran sus mercancías en Shangai. Nosotros no tememos a la guerra. Creemos que puede ser un sacrosanto deber. Pero no queremos una guerra en que todo sería afrentas y nada sería gloria. Porque el gobierno norteamericano no perdonaría a la Argentina su viril resistencia de un lustro. La trataría como a Italia, a quien le exige el tributo de sus soldados y le niega el pan necesario para que esos soldados no mueran de inanición. Tendríamos que besar la mano que nos azota.

Pero ello no podrá ocurrir. No en vano la Nación argentina ha demostrado, a través de toda su historia, su indomable voluntad de ser. No en vano ha mantenido impertérrita, mientras los demás la arriaban, la bandera de su soberanía y de su dignidad. No en vano hemos soportado privaciones, amenazas, insidias, cercos diplomáticos y económicos, para mantener enhiesto el estandarte de nuestra libre determinación. No queremos vivir en la hartura para llevar grabada en la frente la señal de la entrega. El país ya ha tomado conciencia de su personalidad. Cualquier tentativa para anularla sólo lograría hacerla resurgir con más fuerza, con más decisión.

El nacionalismo habla hoy al país en el lenguaje que el país entiende porque es el lenguaje de su independencia y de su libertad. Por eso tiene la absoluta certeza de sentirse identificado con su entraña más profunda, con su destino glorioso. Que nadie olvide lo que ese destino reclama. Olvidarlo sería traición, y ese crimen es de los que la patria no perdonará jamás.

19 de febrero de 1945.

ALIANZA LIBERTADORA NACIONALISTA

La protesta de la Cancillería

Los reales alcances de su actitud

La Argentina ha protestado ante Alemania con derecho.

Aquel país procede mal al no conceder salvoconducto para la navegación, por mares que ella controla, de nuestros diplomáticos.

Sin embargo, el caso no tiene la gravedad que quiere atribuirle la prensa al servicio del interés extraño. Nuestros diplomáticos no han sido retenidos como rehenes sino que se encuentran en un país neutral —Suecia— que no ha intervenido en la contienda ni ha sido en ningún momento ocupada por tropas de ningún beligerante.

Inglaterra ha violado las leyes internacionales al no permitir el tránsito hasta territorio germano de los diplomáticos alemanes canjeados. Alemania también las ha violado, respecto de nosotros, al no conceder a los diplomáticos argentinos el salvoconducto. Por eso decíamos que a la luz del derecho internacional, está justificado que proteste nuestra Cancillería.

En cambio, ni el derecho de gentes, ni el interés nacional, ni nada, justificaría que un incidente así — uno más en medio de tantos incidentes diplomáticos que con uno y otro bando hemos tenido durante la contienda actual — se convierta en caso de guerra.

Los que lo pretenden, giran alrededor de la misma voluntad imperialista que acaba de impulsar a una beligerancia absurda a varios pueblos hermanos.

Quienes siempre carecieron de la sensibilidad de la soberanía, simulan ahora recuperarla. En verdad sólo buscan de arrastrarnos a una guerra extraña al servicio de intereses contrarios al país.

Los rupturistas de ayer se han transformado en los belicistas de hoy. La voz de orden ahora es otra: no bastó la ruptura deshonrosamente consumadas; no bastaron cuantas medidas tomó el gobierno, más allá de sus obligaciones — a veces más allá de lo conveniente — dentro de las "recomendaciones" de Río de Janeiro. Ahora se exige mucho más: la guerra, que significaría alianza militar, subordinación política y coloniaje económico.